

epígonos más contemporáneos, que, con intención o como efecto de teorizaciones de “ingenuidad” dudosa, cumplen con el efecto de cuanto menos invitar con cantos de sirena a la despolitización, o a un relativismo igualmente paralizante. Fontana se refiere a este punto con particular nitidez, denunciando “el esfuerzo efectuado por la derecha norteamericana por tratar de conquistar el mundo intelectual” (214). Para finalizar, me permito rescatar el sentido con que Sergio Rojas termina su conversación con Pablo Aravena, y que deja una disposición a cierta esperanza justamente a propósito de la incertidumbre. Con esto se pretende valorizar y sintetizar la lectura de la obra del autor: “Más allá de los ejercicios de esgrima en los titulares de prensa y en los foros televisivos, faltan ideas. Entonces, con todo, desde esta perspectiva, el momento actual teórica e intelectualmente es fascinante” (Sergio Rojas 92).

Ayala, Francisco, *Recuerdos y Olvidos (1906-2006)*. Madrid, Alianza Editorial, 2010 (2ª edición), 719 pp.

Por Joaquín Piñeiro Blanca
(Universidad de Cádiz)

Una autobiografía perteneciente a un personaje lúcido, perspicaz y poco autocomplaciente y que, además, se extiende en cien años, es necesariamente una valiosa fuente para conocer la historia del tiempo vivido por su protagonista. Francisco Ayala, fallecido a los 103 años de edad, en 2009, es uno de los narradores y ensayistas más importantes del siglo XX español. Su prolongada trayectoria lo hizo testigo de un período histórico muy cambiante, difícil y no pocas veces desconcertante. *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* nos ofrece un valioso testimonio en el que los “olvidos” son bastante menos frecuentes que los “recuerdos”, a pesar de que el autor señala que «se ofrece al lector más vacío de “olvidos” que lleno de “recuerdos”: los que contiene han ido surgiendo actualizados en la plasticidad de la evocación, antes que no reconstruidos con notarial fidelidad». Naturalmente, utiliza su punto de vista, sin intentar ocultar o disimular que lo que leemos es fruto de su subjetividad. Esto, además de mostrarnos su honradez y sinceridad intelectual, que no acepta compromisos ni se vale de subterfugios frente a lo que considera que es la verdad, aumenta el interés de esta autobiografía por encima de lo que es habitual en el género.

La edición aquí comentada reúne en un único volumen las tres partes de sus memorias previamente publicadas, junto a una cuarta inédita que completa las experiencias de una tan extensa vida. Esta edición se ofrece con un nutrido material fotográfico procedente, en su mayor parte, de la colección familiar y, por tanto, hasta ahora muy poco conocido. La primera parte de la obra, *Del paraíso al destierro*, nos sitúa en la infancia y juventud del escritor, hasta prácticamente el final de la Guerra Civil; la segunda, *El exilio*, realiza un recorrido por la etapa en la que, sucesivamente, se instaló en Argentina, Brasil y Puerto Rico; la tercera, *Retornos*, está dedicada a relatar su prolongada estancia en Estados Unidos, donde fue catedrático de literatura en varias de las más prestigiosas universidades. Asimismo, presta atención a la recuperación de contactos con su país natal, a partir de la década de 1960. La cuarta y última parte, *De vuelta en casa*, se sitúa en el período de la transición política española y son, quizás, las páginas en las que menos habla de lo que sucedió y más de lo que pensaba. Aquí también se contienen balances del conjunto de su carrera literaria, de las personas que más influyeron en él, y de sus fobias y filias.

Un notable grupo de nombres muy destacados de la política, las artes y las letras se pasean por *Recuerdos y olvidos*: Azaña, Azorín, Alberti, Niceto Alcalá Zamora, Dámaso Alonso, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Bergamín, Besteiro, Borges, Pau Casals, Cela, Julio Cortázar, Manuel de Falla, León Felipe, Manuel Fraga, Greta Garbo, García Lorca, Gómez de la Serna, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Largo Caballero Unamuno, Ortega y Gasset, Américo Castro, Antonio Machado, Negrín, Neruda, Primo de Rivera, Tierno Galván, Victoria Ocampo, Gabriela Mistral o Max Aub. En definitiva, encontramos sustanciosos fragmentos de otras vidas, como es de rigor en las memorias de un personaje bien relacionado.

Como se ha señalado antes, en el presente libro Ayala realiza, a mi juicio, un clarividente y bastante desapasionado repaso a los principales acontecimientos vividos durante un siglo. Esto, que ya de por sí es una proeza de supervivencia, se apoya en una mente sagaz e inteligente hasta el final de sus días, lo que incrementa el valor de la narración de estos cien años. Diez décadas dan para mucho, y más tratándose del siglo XX, por lo que durante el recorrido se muestra al lector convulsión, riesgo e incertidumbre; aunque también optimismo, satisfacción, firme

compromiso y sinceridad. Además, es muy apreciable el contraste que se establece entre su carácter plácido e irónico y el universo terrible y oscuro que describen sus obras. Todo ello asegura que la observación que Ayala realiza de la España contemporánea en sus memorias sea penetrante y compleja, servida con una prosa generosa, fluida y amena; bajo un punto de vista sagaz y poco complaciente. Esto propicia que cobren sentido episodios que, mirados desde dentro, son mostrados con perfiles muy diferentes a los que sus huellas externas revelan.

Algún sector de la crítica literaria ha afirmado que Francisco Ayala ha sido valorado en exceso por su cualidad de postrero superviviente de la brillante generación de intelectuales que despuntaron en España a mediados del siglo XX. También, desde el punto de vista político, por su condición de último ilustre exiliado. En su ciudad natal, Granada, no ha resistido la competencia de García Lorca en cuanto a reconocimiento, aunque lo tenga (recibió la Medalla de Oro de la Ciudad). España lo propuso, infructuosamente, como candidato al Premio Nobel de literatura en diez ocasiones (compensado por sus premios Cervantes en 1991 y Príncipe de Asturias en 1998). Es decir, que entre las luces también existen sombras alrededor del escritor. Sin embargo, su obra lo avala, y la simpatía, sencillez e inteligencia del personaje consolidan su posición de agudo escritor y válido testigo de su tiempo.

Los últimos años de su vida revelaron que no era un literato al uso, al que parecía que hubiera que rendirle homenaje tan sólo por lo avanzado de su edad. Ayala, al contrario que la mayoría de los autores longevos de su generación, escribía a ordenador. Asimismo había creado su perfil en *Facebook* y, lejos de distanciarse de su entorno, daba su opinión, sin divismos ni falsas modestias, acerca de política, economía, cultura y de todo aquello de lo que se le preguntara, siempre, eso sí, sorprendido del interés despertado a su alrededor. Es decir, era un joven centenario.

Su larga carrera literaria comenzó en 1925, cuando publica su primera novela: *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*. Dos años más tarde se sumó a la renovación vanguardista, momento a partir del cual escribiría para *La Gaceta Literaria* y la *Revista de Occidente*. Una de sus obras más importantes del período fue *El boxeador y un ángel* (1929). Tras el conflicto bélico, ya en el exilio, Ayala se

mostró más reflexivo e irónico, como puede observarse en *El hechizado* (1944). Asimismo, comienza a escribir sobre la guerra civil en obras como *La cabeza del cordero* (1945), o acerca de la dictadura franquista en *Muertes de perro* (1958).

Muchos estudiosos coinciden en afirmar que su obra maestra fue *El jardín de las delicias* (1971), en cierto modo también un libro de memorias, ya que se recogen vivencias que, en palabras del autor, son combinadas como “los trozos de un espejo roto” sobre los que, al asomarse, “pese a su diversidad, me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía”. Su lectura es, pues, recomendable para completar la del libro que se está reseñando.

Polifacético, inquieto intelectualmente y muy activo, Ayala también dedicó esfuerzos a otros géneros. Como ensayista abarcó todos los temas, desde los puramente políticos hasta los musicales, los cinematográficos o, naturalmente, los literarios. También ejerció como traductor, tratando con sumo cuidado el traslado al castellano de Thomas Mann, Alberto Moravia o Anton Zweig.

Su gran capacidad narrativa, su estilo ambiguo, sarcástico y desencantado, que es capaz de convertir lo difícil en fácil, su inteligencia e ironía hacen, desde luego, muy recomendable este *Recuerdos y olvidos*, y no sólo para el estudioso de la literatura sino para el investigador de los períodos más recientes de la historia. Francisco Ayala fue un hábil diseccionador de la condición humana, comprometido con la sociedad de su tiempo y muy crítico ante los acontecimientos vividos. Por ello, sus memorias constituyen una buena forma de adentrarse en los secretos que esconde el siglo XX.

Beltran, Alain; Chauveau, Sophie et Galvez-Behar, Gabriel, *Des brevets et des marques: une histoire de la propriété industrielle*. París, Fayard, 2001, 309 pp.

Por José-Modesto Diago Ortega
(Universidad de Cádiz)

Hoy día estamos inmersos en una crisis económica global que, en mayor o menor medida, todos padecemos. Aunque el fondo de la cuestión es complejo y existen muchos actores internacionales implicados, podemos